

guieron de algunos. Excavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras y volvieron á poner la ciudad, excepto los templos y las casas arruinadas, en el mismo estado en que se hallaba ántes del asedio.

#### COMBATES DE LOS BERGANTINES Y ESTRATAGEMAS DE LOS MEXICANOS.

Entre tanto, los españoles estaban á la defensiva, curando á los heridos y restableciéndose para los combates futuros; mas á fin de que no se aprovechasen de su descuido los Mexicanos é introdujeran viveres en la ciudad, mandó Cortés que los bergantines no cesasen de costear el lago de dos en dos. Los Mexicanos reconociendo la superioridad de los buques y de las armas de sus enemigos, y no pudiendo servirse de los mismos recursos, quisieron á lo ménos rivalizar en cierto modo con los bergantines. Con este objeto habian fabricado treinta barcas grandes, llamadas por los españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario y cubiertas de gruesos tablados, para poder combatir en ellas, sin tanto riesgo de irse á pique. Determinaron hacer con ellas una emboscada á los bergantines en los cañaverales que habia entre los huertos flotantes, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas, ocultas por las aguas, para que chocando en ellas, se rompiesen los buques contrarios, ó al ménos se hallasen embarazados en la defensa. Dispuesto este amaño, hicieron salir de los canales tres ó cuatro barcas pequeñas, á provocar á los bergantines que allí cruzaban, y á empeñarlos, con una disimulada fuga, al punto de la emboscada. Los españoles, al ver las barcas, hicieron vela hácia ellas, y cuando estaban más empeñados en darles caza, chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al mismo tiempo las treinta barcas grandes y atacándolos por todos lados. Corrieron los españoles gran riesgo de perder los buques y las vidas; pero mientras que con el fuego de los mosquetes entretenian á los enemigos, tuvieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres de todo empacho, pudieron servirse de la artillería para poner en fuga á los contrarios. Los bergantines recibieron mucho daño, los españoles quedaron heridos, y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la accion y otro algunos dias despues. Los Mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema; pero avisado secretamente Cortés del sitio en que se ponian en acecho, dispuso otra emboscada con seis bergantines, y aprovechándose del ejemplo de los enemigos, mandó que uno solo se acercase al sitio en que éstos se ocultaban, y que cuando lo descubriesen, huyese hácia la emboscada española. Todo se hizo conforme á su plan; porque los Mexicanos, al ver el bergantin, salieron prontamente, y cuando se creian más seguros de su presa, los atacaron de pronto los otros cinco bergantines y empezaron á servirse de la artillería, con cuya primera descarga echaron á pique unas barcas é hicieron pedazos otras. La mayor parte de los Mexicanos perecieron; muchos fueron hechos prisioneros y entre ellos algunos nobles, de quienes se sirvió Cortés para proponer un convenio con la corte de México.

#### MENSAJE INFRUCTUOSO AL REY DE MEXICO.

Mandó, pues, decir al rey, por medio de aquellos personajes, que considerase cuánto se iba disminuyendo la poblacion de su reino, al mismo tiempo que se

umentaban las fuerzas españolas; que al fin debian ceder al mayor número; que aunque el ejército sitiador no entrase en la ciudad á cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada á toda especie de socorro, para que el hambre hiciese lo que no habian hecho las armas; que aun estaba á tiempo de evitar los desastres que lo amenazaban; que si admitia las condiciones pacíficas que le ofrecia, cesarian inmediatamente todas las operaciones del asedio, quedando el rey en tranquila posesion del poder y de la autoridad de que hasta entónces habia gozado, y sus súbditos libres y dueños absolutos de sus bienes; que lo que solo se exigía de su majestad y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rey de España, como supremo señor de aquel imperio, cuyos derechos habian sido ya reconocidos por los mismos Mexicanos, y se fundaban en la antigua tradicion de sus mayores; que si por el contrario, se obstinaba en la guerra, se veria privado de su corona, la mayor parte de sus súbditos perderian la vida, y aquella grande y hermosa ciudad quedaria reducida á cenizas y escombros. El rey consultó con sus ministros, con los generales de sus ejércitos y con los jefes de la religion: les expuso las proposiciones que el caudillo español le hacia, la escasez de viveres, la afliccion del pueblo y los males aún mayores que les amenazaban, y les mandó que dijese libremente su parecer. Algunos, previendo el éxito de la guerra, se inclinaban á la paz: otros, movidos por odio á los españoles y por el estímulo del honor, insistian en la continuacion de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era de tanto peso en aquel asunto, como en todos los graves, se opusieron fuertemente á la paz, alegando los supuestos oráculos de sus dioses, cuya cólera debia temerse si cedian los Mexicanos á las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion debia ser implorada con oraciones y sacrificios. Prevalció este dictámen por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud se respondió al general español que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento. Si los hubiesen inducido á esta resolucion, no ya el miedo de sus falsas divinidades, sino el honor, el amor de la patria y el deseo de vivir libres, no hubiera sido tan culpable su teson; pues aunque su ruina parecia inevitable, continuando la guerra, no podian tener esperanza de que la paz mejorase su condicion. Por otra parte, la experiencia de los sucesos pasados no les permitia fiarse de las promesas de aquellos extranjeros; así que, debia parecerles más conforme á las ideas de honor la resolucion de morir con las armas en la mano, en defensa de la patria y de la independencía, que abandonar la misma patria á unos invasores codiciosos, y quedar reducidos por su humillacion á una triste y miserable esclavitud.

#### EXPEDICIONES CONTRA LOS MALINALQUESES Y LOS MATLATZINCAS.

Dos dias despues de la derrota de los españoles, llegaron al campo de Cortés algunos mensajeros enviados por la ciudad de Cuauhahuac, á quejarse de los grandes males que les hacian los Malinalqueses, sus vecinos, los cuales, segun parecia, querian confederarse con los Coahuizcos, nacion muy numerosa, para destruir á Cuauhahuac, porque se habia aliado con los españoles, y pasar despues los montes, dirigiéndose con un gran ejército al campamento de Cortés. Este general, aunque se hallaba más bien en estado de pedir socorro que de darlo, por la reputacion de las armas españolas y para evitar el golpe que le

amenazaba, envió al capitán Andrés de Tapia con los mismos mensajeros, y con doscientos peones españoles, diez caballos y un buen número de aliados, encargándole que se uniese con las tropas Cuauhnahuaqueses é hiciese cuanto pudiese convenir al servicio de su rey y á la seguridad de sus compatriotas. Tapia ejecutó cuanto se le había mandado, y en un pueblecillo situado entre Cuauhnahuac y Malinalco, tuvo una gran batalla con los enemigos, los destruyó y los persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla, como hubiera querido, por ser el monte inaccesible á la caballería; pero asoló la campiña, y siendo ya cumplido el término de diez días que el general le había señalado, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

Dos días despues llegaron los mensajeros de los Otomites del valle de Toloacan, pidiendo ayuda contra los Matlatzincas, nacion guerrera y poderosa del mismo valle, los cuales les hacian la guerra quemándoles sus pueblos y cogiéndoles muchos prisioneros; y además, se habian puesto de acuerdo con los Mexicanos para atacar con todas sus fuerzas al ejército de Cortés, por parte de tierra, mientras ellos hacian una salida general. En efecto, en las diferentes entradas de los españoles en México, los habitantes los habian amenazado con el poder de los Matlatzincas; por lo que Cortés, oido el mensaje de los Otomites, conoció el grave riesgo que corria, si daba tiempo á que los enemigos ejecutasen su designio. No quiso confiar aquella importante empresa sino al ilustre y nunca vencido Sandoval. Este hombre infatigable, aunque habia recibido una herida el día de la derrota de Cortés, en los siguientes habia estado ejerciendo las funciones de general, recorriendo incesantemente los tres campamentos y dando las órdenes más oportunas para su seguridad. Pasados apenas catorce días despues de aquel desastre, marchó al valle de Toloacan, con diez y ocho caballos, cien peones españoles y sesenta mil aliados. En el camino vieron indicios de los estragos hechos por los Matlatzincas, y cuando entraron en el valle, hallaron un pueblo recién destruido y descubrieron las tropas enemigas que marchaban cargadas de despojos, los cuales abandonaron al divisar á los españoles, queriendo pelear sin aquel embarazo. Pasaron un rio que atraviesa el valle y permanecieron en la orilla aguardando de pié firme á los españoles. Sandoval lo vadeó intrépidamente con su ejército, atacó á los contrarios, los obligó á ponerse en fuga y los siguió por espacio de nueve millas, hasta una ciudad donde se refugiaron los Matlatzincas, dejando muertos más de mil de los suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo y forzó á los enemigos á dejarlo y á guarecerse en una fortaleza construída en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y despues de haberla saqueado, pegó fuego á los edificios. Era tarde y la tropa estaba fatigadísima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar allí aquella noche, reservando para el día siguiente el asalto de la fortaleza; mas cuando quiso emprenderlo, la halló abandonada. En su regreso, pasó por algunos pueblos que se habian declarado enemigos; mas no necesitó emplear las armas contra ellos, porque amedrentados á la vista de tan formidable ejército, aumentado con numerosos refuerzos de Otomites, se rindieron espontáneamente al jefe español. Este los acogió con suma benignidad y exigió de ellos que indujesen á los Matlatzincas á ser amigos de los españoles, representándoles las ventajas que de ellos podian aguardar y los males que podria acarrearles su enemistad. Estas expediciones fueron de grandísima importancia; pues cuatro días despues de la vuelta de Sandoval, llegaron al campamento de Cortés muchos señores Matlatzincas,

Malinalqueses y Coahuixcos,<sup>1</sup> á excusarse por las hostilidades cometidas y á establecer una confederacion, que fué tan útil á los españoles como perjudicial á los Mexicanos.

Ya no tenian los españoles enemigos que temer por la parte de tierra firme y Cortés se hallaba con tan excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Jerges envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de embarazo más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los Mexicanos por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de Totonacas, Mixtecas, Otomites, Tlahuicas, Coahuixcos, Matlatzincas y otras, de modo que, además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

#### HECHO MEMORABLE DEL GENERAL CHICHIMECATL.

Mientras Sandoval empleaba su acero y su pericia militar contra los Matlatzincas, el Tlaxcalteca Chichimecatl dió una nueva prueba de su arrojo. Este famoso general, viendo que despues de la derrota, los españoles se mantenian en la defensiva, determinó hacer una entrada en México, solo con sus Tlaxcaltecas. Salió, pues, del campamento de Alvarado, donde habia permanecido desde el principio del asedio, acompañando á los españoles en todos los combates y ostentando en todas ocasiones su intrepidez. Pasó en aquella expedicion muchos fosos, y dejando en el más importante y arriesgado una guarnicion de cuatrocientos flecheros, para que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de las tropas en la capital, donde tuvo un terrible encuentro con los Mexicanos, en que fueron muertos y heridos muchos de una y otra parte. Lisonjeábanse los enemigos con la esperanza de dar un golpe terrible á los Tlaxcaltecas en el paso del foso: por lo que, les siguieron el alcance cuando vieron que se retiraban; pero con el auxilio de los flecheros pudo Chichimecatl burlarse de sus esfuerzos y volver lleno de gloria á su campo.<sup>2</sup>

Los Mexicanos, para vengarse del arrojo de los Tlaxcaltecas, atacaron una noche el campo de Alvarado; pero habiéndolos oído oportunamente los centi-

<sup>1</sup> Cortés escribe *Cuisco*, en vez de *Coahuixco*. El autor de las notas á las Cartas de aquel conquistador pensó que hablaba de Huisuco, porque no sabía que habia una gran provincia llamada Coahuixco. Huisuco, en mexicano Huiztoco, era y es un lugar oscuro y no una gran provincia, como Cortés dice que era Cuisco.

<sup>2</sup> Bernal Diaz dice que despues de la derrota de Cortés en México, los españoles se vieron abandonados por sus aliados, y que éstos, por miedo de las amenazas que los sitiados les hacian en nombre de los dioses, se retiraron todos á sus casas: que en el campo de Cortés solo quedó el príncipe D. Carlos con 40 Texcocanos; en el de Sandoval, un señor de Huexotzinco con 50 hombres, y en el de Alvarado, el general Chichimecatl con 80 Tlaxcaltecas. Mas esto no pudo ser, pues dos días despues de la retirada, salió el capitán Tapia á combatir á los Malinalqueses, y llevó consigo muchos aliados, como lo refiere el mismo Bernal Diaz. Doce días despues que Tapia, partió del mismo campo Sandoval con 60,000 aliados, segun Cortés, y mientras Sandoval hacia la guerra á los Matlatzincas, esto es, diez y seis ó diez y ocho días despues de la derrota, hizo su famosa entrada Chichimecatl, y no pudo verificarla sin muchos millares de Tlaxcaltecas. Lo cierto es que no se fueron todos los aliados, y que si se fueron algunos, pronto volvieron, pues de allí á pocos días habia en los tres campamentos, y especialmente en el de Cortés, mayor número de ellos que ántes de su última y desastrosa expedicion. Cortés no habla de aquella desercion, y no es probable que la echase en olvido en la relacion que hace al rey de sus desventuras.

nelas, corrieron á las armas españoles y aliados. Duró el combate tres horas, durante las cuales, oyendo Cortés el cañoneo desde su campo y sospechando lo que sería, creyó que aquella era una excelente ocasion de entrar en la ciudad con su gente, que ya estaba curada de sus heridas. Los Mexicanos que habían ido á Tlacopan, no habiendo podido superar la resistencia de los españoles, volvieron al pueblo, donde hallaron el ejército de Cortés. Ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una ni otra parte.

En este mismo tiempo y cuando más necesidad había de armas y municiones, llegó un buque con socorros á Veracruz y con ellos pudieron los españoles continuar las operaciones del sitio. El príncipe D. Carlos Iztlilxochitl había aconsejado al general español que no se empeñase en nuevos ataques, que debían ser funestos á su ejército, haciéndole ver que sin exponerse á nuevas pérdidas y sin arruinar los edificios de aquella hermosa ciudad, podría apoderarse de ella, solo con impedir la entrada de víveres, pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto más pronto consumirían las pocas provisiones que les quedaban. Este sabio consejo, que no debía esperarse de un príncipe tan jóven, y que solo deseaba ocasiones de señalar su intrepidez, fué tan del gusto del caudillo español, que sin poder contenerse, corrió á darle un abrazo, significándole con las más vivas expresiones su gratitud. Observó en efecto aquel plan algunos días; mas despues, cansado de la inaccion, volvió á las antiguas hostilidades, aunque no sin ofrecer ántes la paz á los Mexicanos, exponiéndoles las razones con que ántes había procurado convencerlos. Los Mexicanos respondieron que no dejarían jamás las armas, ínterin los españoles permaneciesen en aquel país.

#### ESTRAGOS DE MÉXICO Y VALOR DE ALGUNAS MUJERES.

Informado de esta resolucion, viendo que llevaba ya cuarenta y cinco días de asedio, y que cuanto más convidaba con la paz á los sitiados, tanto más se obstinaban en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad sin destruir todos los edificios de una y otra parte de la calle, tanto por evitar el daño que recibían sus tropas de las azoteas, como para obligar á los enemigos, con tan rigorosas hostilidades, á ceder á sus proposiciones. Pidió para esto y obtuvo de los aliados algunos millares de gastadores, provistos de las armas necesarias para echar abajo las casas y rellenar los fosos. Hizo en los días siguientes nuevas entradas en el pueblo, con sus españoles, con los bergantines y con más de cincuenta mil aliados, arruinando los edificios, llenando los fosos y disminuyendo el número de los contrarios, aunque no sin grave riesgo de su persona y de su gente; pues hubiera caído él mismo prisionero, á no haber llegado oportunamente á socorrerlo sus soldados, y el grueso de sus tropas tuvo que huir varias veces para sustraerse al furor de los Mexicanos. Perecieron en aquellas jornadas algunos españoles y aliados, y dos bergantines estuvieron ya casi vencidos por una escuadra de canoas; mas otro bergantin los sacó de aquel apuro.

Hicieron célebres en estas entradas algunas mujeres españolas que acompañaron voluntariamente á sus maridos á la guerra, y que con los continuos males que sufrían y con los ejemplos de valor que tenían siempre á la vista, habían llegado á ser buenos soldados. Hacían la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de corazas de algodón, espada y rodela, y se arrojaban intrépi-

damente á los enemigos, aumentando, no obstante su sexo, el número de los sitiadores.<sup>1</sup>

El 24 de Julio se hizo otra entrada en la ciudad, con un número de tropas superior al de las últimas.<sup>2</sup> Los españoles, combatiendo vigorosamente, se apoderaron del camino por el cual se unía el grande de Iztapalapan con el de Tlacopan; operacion que Cortés deseaba con ansia para tener libres sus comunicaciones con el campamento de Alvarado. Tomaron y llenaron varios fosos; quemaron y arruinaron muchos edificios, y entre otros uno de los palacios del rey Cuauhtemotzín, que era vastísimo, sólido y bien fortificado. De las cuatro partes de la ciudad, tres quedaron aquel día en poder de los españoles, y los sitiados se aislaron en Tlatelolco, que por tener allí más agua el lago, era la más fuerte y segura.

Por una señora Mexicana que fué hecha prisionera en el último asalto, supo Cortés el miserable estado de la ciudad, por la penuria de víveres y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rey, sus parientes y una parte de la nobleza, estaban decididos á morir ántes que ceder; pero el pueblo estaba desanimado y cansado del asedio. Confirmaron estas noticias algunos fugitivos que, estrechados por el hambre, vinieron al campamento de Cortés. Ellos lo decidieron á no dejar pasar un día sin hacer una entrada, hasta reducir la ciudad ó destruirla.

Volvió, en efecto, el 25 con su ejército, y se apoderó de una larga calle en que había un foso tan ancho, que para llenarlo fué necesario pasar todo el día. Entre tanto, las tropas demolían todas las casas de una y otra acera, á pesar de la resistencia de los Mexicanos. Estos, viendo á los aliados tan afanados en aquella destruccion, les gritaban: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas." A lo que los aliados respondían: "Así lo haremos, si salís vencedores; pero más probable es que vosotros las alceis de nuevo, para que se alojen en ellas vuestros enemigos." No pudiendo los Mexicanos reparar tanto daño, hicieron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, y llenaron la plaza de guijarros para estorbar el juego de la caballería; pero los aliados sacaron gran partido de esta estratagema, pues se sirvieron de los guijarros para llenar con ellos los fosos.

En la entrada del 26 se ganaron dos de éstos, recién hechos por los Mexicanos, y de considerable anchura. Alvarado, por su parte, se adelantaba cada vez más en la ciudad, y tantos progresos hizo, que llegó á ganar dos torres próximas al palacio en que residía el rey Cuauhtemotzín; pero no pudo avanzar, como deseaba, por la suma dificultad que halló en los fosos y por la tenaz resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron á retroceder y lo atacaron furiosamente por retaguardia. Cortés, habiendo observado una humareda extraordinaria que se alzaba de aquella torre y sospechando lo que en efecto sucedía, entró, como solía, en la ciudad y empleó todo el día en reparar los pasos difíciles. Solo le faltaban un canal y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Resolvió hacerse dueño de aquellos puntos y lo consiguió: entónces fué cuando, por primera vez, despues de empezado el asedio, se reunieron sus tropas á las de Alvarado, con indecible júbilo de unas y otras. Entró Cortés con alguna caballería en aquella gran plaza y vió en ella innumerable gente

<sup>1</sup> Estas mujeres se llamaban María de Estrada, de cuyo valor he hablado ántes; Beatriz Bermudez de Velasco, Juana Martín, Isabel Rodríguez y Beatriz Palacios.

<sup>2</sup> Dice Cortés que cuando vieron los aliados la fortuna de las armas españolas, acudieron en tan gran número á servir en el asedio, que era imposible contarlos.

alojada en los pórticos, por no haber quedado casas en pié en todo el barrio. Subió al templo, desde el cual observó la ciudad y vió que solo le quedaba por tomar una octava parte de ella. Mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio, en el cual, así como en el templo mayor de Tenochtitlan, se adoraba el ídolo del dios de la guerra. La plebe mexicana, viendo aquel gran incendio, que parecia subir hasta las nubes, prorumpió en las más amargas demostraciones de dolor. Movidó á piedad, al ver el triste estado á que se hallaban reducidos tantos miserables, mandó suspender por todo el día las hostilidades y envió nuevas proposiciones á los sitiados; mas ellos respondieron que interin quedase un Mexicano con vida, defenderian la patria hasta morir.

#### ESTADO DEPLORABLE DE LOS MEXICANOS.

Pasados cuatro dias sin combates, entró de nuevo Cortés en México y encontró una gran multitud de hombres, mujeres y niños, débiles, macilentos y casi moribundos de hambre, la cual habia llegado á tal punto, que muchos vivian de yerbas, de raices, de insectos y aun de las cortezas de los árboles. Compadecido á vista de tantas desventuras, mandó á sus tropas que no hiciesen daño á nadie: pasó á la plaza del mercado y vió los pórticos llenos de gente desarmada, indicio seguro del desaliento del pueblo y del disgusto con que sufría la obstinacion del rey y de la nobleza. La mayor parte de aquel día se empleó en negociaciones de paz; pero viendo Cortés que nada conseguia, dió orden al capitán Alvarado que entrase á mano armada por una gran calle en que habia más de mil casas, y él, con todo su ejército, renovó los ataques por otro punto. Fué tan grande el destrozo que hicieron aquel día en los sitiados, que entre muertos y prisioneros se contaron más de doce mil. Los aliados se cebaban de tal modo en aquellas infelices víctimas, que no perdonaban edad ni sexo, no bastando á refrenar su crueldad las órdenes severas del general español.

Al día siguiente volvió éste á la ciudad, despues de haber prohibido toda especie de hostilidad, tanto por la compasion que le inspiraba la vista de aquellas miserias, como por la esperanza que tenia de que cediese al fin la resistencia. Los Mexicanos, viendo venir tan gran número de tropas y entre ellas á los súbditos que ántes los servían y que ya los amenazaban con la muerte; hallándose reducidos á tan penosa situacion y teniendo á la vista tantos y tan deplorables objetos, pues no podian poner el pié en tierra sin pisar los cadáveres de sus ciudadanos, desfogaron su rabia en horrendos clamores y pedian la muerte como el único término que podian tener sus males. Rogaron á Cortés algunos de la plebe que se abocase con los nobles que defendian una trinchera, para tratar de convenio. Eran justamente de aquellos que ya no podian sobrellevar los males del sitio. Cortés quiso hablarles, aunque sin esperanzas de conseguir lo que deseaba. Cuando lo vieron venir los nobles, le dijeron desesperados: "Si eres hijo del sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz que en el breve espacio de un día termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo, donde nos aguarda nuestro dios Huitzilopochtli, para darnos el reposo de nuestras fatigas y el premio de nuestros afanes." Cortés les propuso varias razones para reducirlos á la paz; mas habiéndolos respondido que ni tenian autoridad para aceptarla, ni esperanza de convencer al rey, envió á éste con el mismo fin un ilustre personaje, que tres dias ántes habia sido hecho prisionero y era tío del rey de Texcoco. Aun que estaba herido, pasó inmediatamente á Tlalotelco á comunicar su men-

saje; pero no se vió otro resultado que el continuo clamor con que el pueblo pedía la muerte.<sup>1</sup> Algunas tropas mexicanas embestian desesperadas á los españoles; pero estaban tan debilitadas por el hambre, que era poco el daño que hacian y demasiado el que recibian de sus enemigos.

Volvió Cortés al día siguiente á la ciudad, esperando á cada momento que se rindiesen los Mexicanos, y sin permitir que se les hiciese la menor ofensa, se dirigió á ciertos personajes que guardaban una trinchera y á quienes conocia desde su primera venida á México. Preguntóles por qué se empeñaban tan obstinadamente en defenderse, no siéndoles ya posible resistir y hallándose en tal estado, que con un solo golpe podria exterminarlos á todos. Ellos respondieron que veian ser inevitable su ruina y que hubieran deseado evitarla; pero no podian, pues solo les tocaba obedecer. Sin embargo, ofrecieron suplicar al rey que aceptase la paz que se le proponia. En efecto, fueron á palacio, y de allí á poco volvieron con la respuesta de que por ser ya tarde no podia venir el rey; pero que al día siguiente hablaria con Cortés en aquel mismo sitio. Este era el centro de un gran terraplen cuadrado, en que los Mexicanos hacian sus representaciones teatrales, como en otra parte he dicho. Mandó Cortés adornar aquel teatro con tapetes y poner bancos, para celebrar la deseada conferencia, disponiendo al mismo tiempo una buena comida para el rey y para los nobles que debian acompañarlo. Llegado el día, envió á decir al rey que lo estaba aguardando; mas Cuauhtemotzin respondió, por medio de cinco personajes de su corte, que no podia asistir á la entrevista por hallarse indispuerto, y porque no se fiaba de los españoles. Cortés los acogió con extraordinarias muestras de amabilidad, comió con ellos y los volvió á enviar al rey, para suplicarle en su nombre que viniese sin recelo, pues él empeñaba su palabra de que la real persona seria tratada con el respeto debido; que su presencia era absolutamente necesaria y que sin ella nada se podia concluir, y acompañó el mensaje con un regalo de viveres, que era lo más precioso que podia enviarle. Los nobles, despues de haber hablado largamente de las grandes necesidades que padecian, marcharon á desempeñar su encargo, y de allí á dos horas volvieron con la misma respuesta que ántes y con otro regalo de trages finisimos que el rey enviaba á Cortés. Tres dias se emplearon en estas negociaciones, sin sacar de ellas ningun fruto.

#### TERRIBLE CONFLICTO Y HORRENDOS ESTRAGOS DE LOS MEXICANOS.

Cortés habia dado orden á los aliados de permanecer fuera de la ciudad, por haberle rogado los Mexicanos que no les permitiese entrar en ella durante la conferencia con el monarca; pero viendo ya perdida toda esperanza de negociacion, llamó todas las tropas de su campo, en que habia ciento cincuenta mil hombres, y las del campo de Alvarado, y con todas estas fuerzas juntas atacó unos fosos y trincheras, que eran las mayores fortificaciones que habian quedado á los Mexicanos, mientras Sandoval con su ejército atacaba la ciudad por la parte del Norte. Aquel día fué el más infausto para aquella desventurada poblacion, y en el que más copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices ni armas para rechazar la muchedumbre y el fu-

<sup>1</sup> Se dijo, segun escribe Cortés, que cuando aquel personaje se presentó á Cuauhtemotzin para hablarle de paz, fué sacrificado por su orden; mas no teniendo este hecho mas fundamento que un rumor vano, no me parece digno de crédito.